

abusar de las que entiende. Comparando las ventajas que los Laponés sacan del reno domesticado, con las que nos producen nuestros animales domésticos, hallaremos que este animal vale él solo por dos ó tres de los nuestros. De él se valen los Laponés, como nosotros del caballo, para tirar de sus carros y trineos; el reno camina mucho mas ligeramente; hace con facilidad jornadas de á treinta leguas, y corre tan seguramente sobre la nieve helada como sobre una pradera poblada de menuda yerba; la hembra da leche de mas sustancia y mas nutritiva que la de vaca; la carne de este animal es muy buen alimento; de su pelo se hacen excelentes forros, y su piel curtida es un cuero muy suave y durable; y de este modo solo el reno da toda la utilidad que sacamos del caballo, de la vaca y de la oveja.

El modo con que los lapones crían y conducen estos animales merece particular atención. Olao (1), Scheffer (2) y Regnard (3) han dado sobre esto relaciones individuales, que creemos

(1) *Hist. de gentibus septent.*, auctore Olao Magno. *Antuerpiæ*, 1558, pág. 205 y sig.

(2) *Historia de la Laponia*, traducida del latin, de Juan Scheffer. Paris, 1678, pág. 205 y sig.

(3) *Obras de Regnard*. Paris, 1747, tom. 1, pág. 172 y sig.

deber presentar aquí en extracto, reformando ó suprimiendo los hechos en que aquellos autores se engañaron. «Las cuernas del reno, mucho mayores, mas estendidas, y divididas en mucho mayor número de ramas que las del ciervo, dicen aquellos autores, son una especie de singularidad monstruosa y admirable; el alimento de este animal, durante el invierno, es un musgo blanco que él sabe hallar debajo de la nieve, rompiéndola con las cuernas, y apartándola con los pies; en el verano se mantiene de vástagos y de hojas de árboles, mas bien que de yerbas, que las ramas de sus cuernas que avanzan hácia delante no le permiten coger con facilidad; corre por la nieve y se hunde poco en ella á causa de lo ancho de sus pies... Estos animales son dóciles, y se forman manadas de ellos, que dan mucha utilidad á sus dueños; pues la leche, la piel, los nervios, los huesos, las pezuñas, las cuernas, el pelo y la carne de estos animales, todo es bueno y útil. Los Laponés ricos tienen rebaños de cuatrocientos ó quinientos renos; los pobres tienen diez ó doce; sácanlos á pacer, y despues los vuelven al establo ó bien los encierran en un redil durante la noche para libertarlos de los insultos de los lobos; y si les hacen mudar de clima, mueren en breve. En lo antiguo, Stenon príncipe de Suecia

envió seis renos á Federico duque de Holstein, y posteriormente, en 1533, Gustavo rey de Suecia hizo llevar á Prusia diez renos; entre machos y hembras, los cuales soltaron en los bosques, pero todos perecieron sin haber producido, ni en el estado de domesticidad, ni en el de libertad.

«Yo deseaba, dice Regnard, traer á Francia algunos renos vivos; pero me detuvo el saber que muchos lo habian ejecutado infructuosamente; y el año pasado se condujeron tres ó cuatro á Dantzick, donde murieron, no pudiendo habituarse á aquel clima, que es demasiado caluroso para ellos.»

De los renos que hay en Laponia, los unos son montaraces y los otros domésticos. En la estacion del celo se suelta á las hembras en los bosques, para que busquen los machos silvestres; y como estos renos silvestres son mas robustos y vigorosos que los domésticos, son preferidos para tirar de los trineos los que han nacido de esta mezcla. Estos renos son menos dóciles que los otros, pues no solo rehusan á veces obedecer al que los guia, sino que se vuelven repentinamente contra él, y le acometen á patadas, de suerte que no le queda mas recurso que cubrirse con su trineo hasta que se haya

calmado la cólera del animal. Estos trineos son tan ligeros, que los que caminan en ellos los manejan con facilidad y pueden volcarlos y cubrirse con ellos cuando les acomoda. Por debajo están forrados con pieles de renos jóvenes, vuelto el pelo hácia la nieve, y echado hácia atrás, para que el trineo resbale mas fácilmente y retroceda con alguna dificultad en los parajes elevados. El reno uncido no tiene por collar mas que un pedazo de piel, con su pelo, desde el cual baja una correa que por debajo del vientre y por entre las piernas va á parar á un agujero que hay en la parte anterior del trineo, donde se ata. El lapon no usa de mas riendas que de una sola correa atada á la raiz de la cuerna del animal, la cual echa diversamente por encima del lomo de este, ya á un lado y ya á otro, segun quiere dirigirle á derecha ó á izquierda. En esta especie de carruaje se pueden caminar de cuatro á cinco leguas por hora; pero por lo mismo que este modo de viajar es pronto, es tambien muy incómodo, pues es preciso estar habituado á él, y trabajar continuamente en mantener el trineo en equilibrio para evitar que vuelque.

Los renos tienen en lo exterior muchas cosas en que convienen con los ciervos; y siendo igual tambien la conformacion de sus partes interio-

res (1), resultan de esta conformidad de naturaleza hábitos análogos y efectos semejantes. El reno echa todos los años nuevas cuernas, como el ciervo, y se carga tambien como él de gordura; está en celo en la misma estacion, esto es, á fines de setiembre; las hembras en una y otra especie están preñadas ocho meses, y no paren mas que un hijo; los machos tienen igualmente un malísimo olor en el tiempo del celo; y entre las renas, como entre las ciervas, hay algunas que no paren (2): los renos jóvenes tienen tambien, como los cervatillos, en la primera edad, el pelo de color vario, pues al principio es rojo mezclado de amarillo, y con la edad viene á ser pardo oscuro casi negro (3); cada hijo sigue á su madre por espacio de dos ó tres años, y hasta la edad de cuatro años cumplidos no

(1) Véase *Rangifer. Anatom. Barth. Act.*, 1671, núm. 135.

(2) Entre cien hembras apenas se encuentran diez que no paran; y á estas, á causa de su esterilidad, las llaman raonas: su carne es muy jugosa en las cercanías del otoño, como si las hubiesen engordado de propósito. Scheffer, pág. 204.

(3) El color de su pelo es mas oscuro que el del ciervo. Los renos silvestres son siempre mas vigorosos, mayores y mas negros que los domésticos. Regnard, tom. 1, pág. 408.

adquieren estos animales todo su incremento: tambien es esta la edad en que se empieza á enseñarlos y aplicarlos al trabajo; y para hacerlos mas dóciles los castran, cuya operacion ejecutan los Lapones con los dientes. Los renos enteros son fieros y muy difíciles de manejar, y por esta razon no se sirven sino de los castrados, entre los cuales escogen los mas ágiles para correr con los trineos, y los mas tardos para acarrear á paso mas lento las provisiones y el bagaje. Para cada cinco ó seis hembras solo se conserva un macho entero, y la castracion se ejecuta á la edad de un año. Tambien están sujetos á los gusanos como los ciervos á fines de invierno, en cuya época es tal la cantidad que se les engendra debajo de la piel, que la tienen entonces toda hecha una criba: estos agujeros se cierran en el verano, y por lo mismo solo en el otoño se hacen cacerías de renos por los forros ó los cueros.

Los rebaños de esta especie de animales exigen mucho cuidado, pues los renos se extravían fácilmente, y conservan cierta propension á recobrar su libertad natural: es necesario seguirlos y estar alerta con ellos; no se les puede llevar á pastar sino á parajes descubiertos, y por poco numeroso que sea el rebaño, son necesarios muchos pastores para guardarlos, conte-

nerlos, llamarlos y correr en busca de los que se alejan; todos están marcados á fin de poder reconocerlos, pues con harta frecuencia se estravian en los bosques, ó pasan á otro rebaño; y finalmente, los Laponés están sin cesar ocupados en estos afanes, lo cual no es extraño, puesto que los renos constituyen toda su riqueza y todas sus comodidades, ó por mejor decir, todo lo necesario para la vida. Cúbrese de pies á cabeza de estos forros, que son impenetrables al frio y al agua, consistiendo en ellos todo su vestido de invierno; en el verano se sirven de pieles cuyo pelo se ha caido; saben tambien hilar el mismo pelo, y con él cubren los nervios que sacan del cuerpo del animal, y que les sirven de cuerdas y de hilo; comen la carne del reno, beben la leche, y hacen de ella quesos muy mantecosos; esta leche purificada y batida en lugar de manteca da una especie de sebo, y esta particularidad junta con la grande estension de las cuernas de este animal, y con la mucha gordura de que está cargado en el tiempo del celo, son otros tantos indicios de la superabundancia del alimento. Pero la prueba de ser esta superabundancia escesiva, ó por lo menos mayor que en otra cualquiera especie, es que el reno es el único animal cuya hembra tenga cuernas como el macho, y tambien el único cuyas

cuernas caigan y se renueven anualmente sin embargo de la castracion (1); pues en los ciervos, los gamos y los corzos á quienes se ha hecho esta operacion, la cabeza del animal subsiste para siempre en el mismo estado en que se hallaba al momento de la castracion, y así el

(1) «Uterque sexus cornutus est.... Castratus quottannis cornua deponit.» Linn., *Syst. nat.*, edic. x, pág. 67.

He afirmado este hecho, sin poner duda en él, fundado en la sola autoridad de Lineo, porque habiendo viajado por el Norte, y viviendo en Suecia, ha tenido proporcion de informarse bien de todo lo concerniente al reno. Sin embargo, confieso que esta escepcion debe parecer singular, en atencion á que en todos los demas animales de este género, es efecto de la castracion el impedir la caida y la renovacion de las cuernas: fuera de que, puede oponerse á Lineo otra autoridad contraria y positiva. *Castratis rangiferis Lappones utuntur. Cornua castratorum non decidunt, et cum hirsuta sunt, semper pilis luxuriant.* Huiden, *Rangifer.* Jenæ. 1697. Pero Huiden quizá no tuvo mas motivo que la analogía para lo que asegura; y la autoridad de un hábil naturalista, como Lineo, vale por si sola mas que el testimonio de muchas personas menos instruidas. El hecho certísimo de que la hembra tiene cuernas como el macho, es otra escepcion que apoya la primera: la costumbre que tienen los Laponés de no cortar los

reno es, entre todos los animales, el que da mas á conocer lo supérfluo de la materia nutritiva, dependiendo esto quizá menos de la naturaleza del animal que de la calidad del alimento (1); porque el musgo blanco, que es su único mantenimiento, sobre todo durante el invierno, es un líquen cuya sustancia, semejante á la de la seta ó de la *barba cabrúna*, es muy nutritiva, y está mucho mas cargada de moléculas orgánicas que las yerbas, las hojas ó los vástagos de los árboles (2); y en esto consiste que el reno tenga mayores cuernas y mas gordura que el ciervo, y que las hembras y los renos castrados tampoco carezcan de cuernas. De lo mismo producen los testículos al reno, sino solamente torcerlos, comprimiendo con los dientes los vasos que van á ellos, la favorece tambien; porque la accion de los testículos, que parece necesaria para la produccion de las cuernas, no está en este caso enteramente destruida, sino debilitada, y puede muy bien verificarse en el macho á quien se les han torcido, puesto que produce su efecto aun en las hembras.

(1) Véase lo que he dicho en la historia del ciervo.

(2) Es muy singular que, sin embargo de no comer el reno en el invierno mas que este musgo, engorda mas y está mas limpio y cubierto de pelo mas lustroso, que cuando en el verano come las mejores yerbas, en cuyo tiempo causa horror el ver-

viene tambien la grande variedad que se encuentra en el tamaño, figura y número de los candiles y de las ramas de las cuernas de los renos; los machos á quienes no se ha dado caza ni sujecion, y que se nutren abundante y libremente de este alimento sustancial, tienen cuernas de tamaño estraordinario que se estienden hácia atrás casi hasta las ancas, y hácia adelante hasta pasarles del hocico; las cuernas de los castrados son menores, sin embargo de que su tamaño suele esceder al de las cuernas de nuestros ciervos; finalmente, las de las hembras son todavia mas pequeñas; de suerte, que estas cuernas varían, no solo como las de los otros animales por la edad, sino tambien por el sexo y por la mutilacion de los machos, y por consiguiente son tan diversas unas de otras, que no es de admirar que los autores que han intentado describirlas estén entre sí tan poco acordes.

Otra singularidad comun al reno y al alce, y que no debemos omitir, es que cuando estos animales corren ó apresuran sumamente su pa-

le. El motivo de que estos animales estén mas sanos y mas gordos en el otoño y el invierno, es que de ningún modo pueden sufrir el calor; y de aquí proviene que en el verano no tienen mas que los nervios, la piel y los huesos. Scheffer, *Hist. de la Laponia*, pág. 206.

so, sus pezuñas (1) dan á cada movimiento un estallido tan fuerte, que parece que todas las articulaciones de las piernas se desencajan. Los lobos, avisados por este ruido ó por el olor del animal, corren á su encuentro, le cogen y le matan, si son muchos en número; pues el reno se defiende de un lobo solo, no con las cuernas,

(1) «Rangiferum pulices, oestra, tabani ad alpes cogunt, crepitanibus unguis.» Linn., *Syst. nat.*, edic. x, pág. 67. El reno difiere tambien del ciervo en tener los pies mas cortos y mucho mas gruesos, y semejantes á los del búfalo, y su pezuña está dividida en dos, y es casi redonda, como las de las vacas ó los toros. De cualquier modo que camine, ya sea que vaya á paso lento ó que corra, las articulaciones de sus piernas hacen un ruido bastante grande, como si cayesen guijarros unos sobre otros ó se partiesen nueces, oyéndose este ruido desde que se divisa el animal. Scheffer, pág. 202. «Fragor ac strepitus pedum, unguarumque tantus est in celeri progressu, ac si silices vel nuces collidantur; qualem strepitum articularum etiam in alce observavi.» Hulden, *Rangifer*. Jenæ, 1697. Lo mas notable en el reno es que todos sus huesos, y particularmente las articulaciones de los pies suenan como si se revolviesen nueces, y dan estallidos tan fuertes, que se oye á este animal casi desde tan lejos como se le divisa. Regnard, tom. 1, pág. 108.

las cuales para todo le embarazan mas que le aprovechan, sino con sus pies delanteros en que tiene mucha fuerza, con los cuales hiere al lobo con bastante violencia para aturdirle ó apartarle de sí, y luego huye con tanta velocidad que no le pueden alcanzar. Otro enemigo mas peligroso para el reno, aunque menos numeroso, es el *rosomack* ó *gloton*: este animal, mas voraz aun, pero mas pesado que el lobo, en vez de perseguir al reno, se sube á un árbol y se oculta en él para esperarle al paso, y luego que le ve á distancia proporcionada, se arroja sobre su lomo, se ase á él con las uñas (1), y empezando á mor-

(1) Tambien hay un animal de color gris pardo, y del tamaño de un perro, al cual los Suecos llaman *fart*, y los Latinos *gulo*, que hace guerra sangrienta á los renos. Este animal sube á los árboles mas altos para ver y no ser visto, y para sorprender á su enemigo: cuando ve pasar un reno salvaje ó doméstico por debajo del árbol en que está escondido, se echa sobre él, y alargando sus pies delanteros hasta el cuello, y los traseros hasta la cola, se estiende y afirma con tal violencia, que hiende el reno por el lomo, é introduce su hocico, que es sumamente afilado, en el animal hasta beberle toda la sangre. La piel del *fart* es tan fina y hermosa, que la comparan con las cebellinas. *Obras de Regnard*. Amsterdam, 1760, tom. 1, pág. 117.

derle la cabeza ó el cuello, no le abandona hasta haberle degollado. La misma guerra y con el mismo ardid hace al alce, que es animal aun mas corpulento y vigoroso que el reno. Este *rosomack* ó *gloton* del Norte es el mismo animal que el *carcajú* ó *quincajú* de la América septentrional, cuyos combates con el oriñal son famosos; y ya hemos dicho que el oriñal del Canadá es el mismo animal que el alce de Europa. Es extraño por cierto que el *gloton* ó *carcajú*, que no es mayor que un tejón, venza y mate á un alce, cuya estatura escede á la de un caballo grande, y cuya fuerza es tal, que de una sola patada (1)

El caribú corre por la nieve casi con la misma velocidad que por tierra, porque sus pies, que son muy anchos, le impiden hundirse; y cuando habita en lo espeso de un bosque, forma en el invierno varias sendas, como el oriñal, y allí le hace la guerra del mismo modo el carcajú. *Historia de la Academia de las ciencias*, año de 1713, pág. 44.

El *carcajú*, el *fart* y el *gloton* son un mismo animal.

(1) «Lupi et unguis et cornibus vel interimuntur vel effugantur ab alce; tanta enim vis est in ictu ungulæ, ut illico tractum lupum interimat aut fodiât, quod sæpius in canibus robustissimis venatores experiuntur.» *Olai Magni Hist. de gent. septent.*, pág. 135.

puede matar un lobo; pero el hecho tiene á su favor tantos testigos (1), que no admite duda.

(1) «Quiescentes humi et erecti stantes onagri maximi á minima quandoque mustela guttur insuliente mordentur, ut sanguine decurrente illico deficiant morituri. Adeo insatiabilis est hæc bestiola in cruore sugendo, ut vix similem suæ quantitatis habeat in omnibus creaturis.» *Olai Magni Hist. de gent. septent.*, pág. 134.

Olao acostumbra algunas veces indicar el alce con la voz *onager.*, é indica mal al *gloton* comparándole con una pequeña comadreja, pues aquel animal es mas corpulento que el tejón. El *quincajú* sube á los árboles; se tiende á lo largo sobre una rama; espera allí algun oriñal, y si pasa, se arroja sobre su lomo, se le ase al cuello con las garras, le rodea con la cola, y despues le roe el cuello un poco mas abajo de las orejas hasta que le hace caer; y ya sea que el oriñal corra ó se revuelque en tierra, el *quincajú* nunca suelta la presa. *Descripcion de la América septentrional*, por Denys, pág. 329. El *carcajú* acomete y mata al oriñal y al caribú; el oriñal elige en invierno un terreno en que haya abundancia de *anagyris fatida*, porque se alimenta de ella; y cuando la tierra está cubierta con seis ó siete pies de nieve, practica en aquellos parajes varias sendas que no abandona nunca, á menos de ser perseguido por los cazadores; el *carcajú*, que ha observado el camino del oriñal, sube á un árbol

El alce y el reno son ambos animales rumiantes: así lo indica su modo de alimentarse, y demuéstralo la inspección de sus partes internas (1): sin embargo, Torneo, Scheffer (2), Regnard (3), Hulden (4), y otros muchos han escrito que no rumia el reno. Ray (5) tuvo justo motivo para

inmediato al paraje por donde este debe pasar, y desde él se arroja sobre el lomo del oriñal y le degüella en un instante: en vano el oriñal se echa en tierra, ó se estrega contra los árboles; nada es capaz de hacer soltar la presa al carcajú; y los cazadores suelen encontrar pedazos de la piel de este y del ancho de una mano, que quedan pegados al árbol contra el cual el oriñal se había estregado. *Hist. de la Academia de las ciencias*, año de 1707, pág. 13.

(1) Las partes interiores del alce tenían alguna semejanza con las del buey, principalmente en lo que toca á los cuatro ventriculos y los intestinos. *Memorias para la historia de los animales*, part. 1, pág. 184.

(2) También es notable en el reno el que no rumia, aunque tiene la pezuña hendida. Scheffer, pág. 200.

(3) Igualmente se observa en los renos que, sin embargo de tener la pezuña hendida, no rumian. Regnard, tom. 1, pág. 109.

(4) «Sunt bisulci et cornigeri, attamen non ruminant rangiferi.» Hulden *Rangiferi*, etc.

(5) Profecto (inquit Peyerus) mirum videtur, ani-

decir que le parecia increíble; y efectivamente, el reno (1) rumia como el ciervo y como todos los demas animales que tienen muchos estómagos. La duración de la vida del reno doméstico no es mas que de 15 á 16 años (2); pero es probable que vive mas tiempo el reno silvestre, porque, tardando este animal cuatro años en crecer, debe vivir en su estado de naturaleza de 28 á 30 años. Los Lapones cazan los renos silvestres de diferentes modos, segun las diversas estaciones: se valen de hembras domésticas para atraer los machos silvestres en la estación del celo (3); tambien los matan á balazos y con

mal illud tam insigniter cornutum ac præterea bisulcum, cervisque specie simillimum, ruminatione destitui, ut dignum censeam argumentum altiore indagine curiosorum, quibus renones fors subministrat aut principum favor. Hactenus Peyerus: mihi certe non mirum tantum videtur, sed planè incredibile.» Ray. *Synops quad.*, pág. 89.

(1) «Rangifer ruminat æquè ac aliæ species sui generis.» Linn., *Faun. suecica*, pág. 14.

(2) «Ætas ad tredecim vel ultra quindecim annos non excedit in domesticis.» Hulden. «Ætas sexdecim annorum.» Linn., *Syst. nat.*, edic. x, pág. 67. Los renos que evitan todos los peligros y que superan todas, las dolencias y las incomodidades, rara vez viven mas de trece años. Scheffer, pág. 209.

(3) Los Lapones cazan los renos con redes, alabar-

flechas, y disparan estas últimas con tal violencia, que no obstante lo muy espeso del pelo y la resistencia del cuero, no necesitan frecuentemente mas que una flecha para matarle.

Hemos recogido los hechos concernientes á la historia del reno con el mayor cuidado, y los hemos presentado con la mayor circunspeccion por lo mismo que no podíamos asegurarnos de ellos personalmente, ni tener aquí vivo estas andas, flechas y fusiles, y lo ejecutan en el otoño ó la primavera. En otoño, cerca de la festividad de san Mateo, tiempo en que los renos están en celo, se trasladan los Lapones á los parajes de los bosques en que saben que hay renas domésticas, y las atan á los árboles: estas hembras llaman á los machos, y cuando estos van á juntarse con ellas, los cazadores los matan con balas ó con flechas. En la primavera, cuando las nieves empiezan á ablandarse y estos animales se hunden y embarazan en ellas, los Lapones, calzadas sus *raquetas*, los persiguen y alcanzan. Otras veces los persiguen con perros que les hacen dar en las redes; y finalmente, usan de una especie de red hecha de palos, enlazados unos con otros á modo de dos grandes vallas, que componen una calle á veces de dos leguas de largo, á fin de que perseguidos los renos y obligados á entrar en ella, se vean precisados á caer en un gran foso practicado espresamente al fin de la calle. Scheffer, pág. 209.

mal; y habiendo manifestado el sentimiento que esto me causaba á algunos de mis amigos, Mr. Colinson, miembro de la sociedad Real de Lón-dres, sugeto tan recomendable por sus prendas como por su mérito literario, y con quien tengo amistad hace mas de veinte años, me hizo el favor de enviarme un dibujo del esqueleto del reno, y yo he recibido del Canadá un feto de caribú. Con estas dos piezas, y muchas cuernas de renos que nos han venido de varias partes, hemos podido verificar las semejanzas generales y las diferencias principales que hay entre el reno y el ciervo, como se ve en la descripcion del feto, del esqueleto y de las cuernas de este animal.

Por lo que toca al alce, he visto uno vivo, quince años ha, y quise hacerle dibujar; pero como estuvo pocos dias en Paris, no hubo tiempo para concluir el dibujo, ni yo tuve mas que el preciso para comprobar la descripcion que los Académicos de las ciencias de Paris habian dado de este animal, y asegurarme de que es exacta y conforme á la naturaleza.

«El alce, dice el Redactor de las memorias de la Academia (1), es notable por lo largo del pelo, la magnitud de las orejas, la pequenez de

(1) *Memorias para la historia de los animales*, parte 1, pág. 178 y siguientes.

la cola y la forma del ojo, cuyo grande ángulo es muy hendido; igualmente que la boca, que lo es mucho mas que en los bueyes, los ciervos y demas animales bisulcos. El alce que disecamos era casi del tamaño de un ciervo; y su cuerpo tenia de largo seis pies y cinco pulgadas, desde la estremidad del hocico hasta el origen de la cola, cuya longitud era solamente de dos pulgadas y cuatro líneas; su cabeza no estaba armada de cuernas, porque el animal era hembra; el cuello era corto, no teniendo mas de diez pulgadas y media de largo y otras tantas de ancho; y las orejas diez pulgadas y media de largo, y cuatro pulgadas y ocho líneas de ancho. El color del pelo no se diferenciaba mucho del de la piel del asno, cuyo gris á veces se acerca al color del pelo de camello. Pero este pelo era muy diferente del del asno que es mucho mas corto, y del pelo de camello que es mucho mas fino; pues la longitud del pelo del alce era de tres pulgadas y media, y su grueso igual al de la mas recia crin de caballo: este grueso iba siempre en disminucion hácia la punta que era muy delgada, y tambien hácia la raiz; pero repentinamente hácia esta, formaba como la empuñadura de una lanza, y esta empuñadura tenia diferente color que lo restante del pelo, pues era blanca y diáfana, como las sedas del cerdo. Es-

te pelo era largo como el del oso, pero mas derecho, mas grueso y mas echado, y todo de una misma especie; y el labio superior grande y desprendido de las encias, pero no tan grande como dice Solino; y como Plinio le ha supuesto en el animal que llama *machlis*. Estos autores dicen que el alce se ve precisado á pastar caminando hácia atrás para impedir que su labio se le introduzca entre los dientes; pero nosotros hemos observado en la diseccion, que la naturaleza ha evitado de otro modo este inconveniente con la magnitud y fuerza de los músculos destinados particularmente para levantar el labio superior; y tambien hemos hallado las articulaciones de la pierna muy apretadas con ligamentos, cuya dureza y grueso puede haber dado motivo á la opinion de que el alce una vez echado no puede levantarse. Sus pies eran semejantes á los del ciervo, aunque mucho mas abultados; y fuera de esto nada tenian de extraordinario. Observamos que el ángulo grande del ojo era hendido hácia abajo mucho mas que en los ciervos, los gamos y los corzos, y de un modo particular; pues la hendidura no seguia la direccion de la abertura del ojo, sino que formaba ángulo con la línea que va de uno de los ángulos del ojo al otro; la glándula lacrimonal inferior tenia una pulgada y nueve líneas

de largo y ocho líneas de ancho. En el cerebro hallamos una parte cuyo tamaño tenia tambien relacion con el olfato, el cual, segun Pausanias, es mas fino en el alce que en ningun otro animal; pues los nervios olfatorios, llamados comunmente *apophisas mammilares*, eran sin comparacion mayores que en ningun otro animal de los que hemos disecado, teniendo mas de cuatro líneas de diámetro. Por lo tocante al pedazo de carne que algunos autores le suponen en el lomo, y otros bajo la barba, puede decirse que siño se equivocaron ó fueron demasidamente crédulos, estas cosas eran particulares en los alces de que hablan. » En esta parte podemos añadir nuestro propio testimonio al de los Académicos de las ciencias; pues en el alce que vimos vivo, y que era hembra, no observamos ningun lobanillo debajo de la garganta ni de la barba; y sin embargo, Lineo que debe conocer los alces mejor que nosotros, pues habita en su pais, hace mencion de este lobanillo debajo de la garganta, y aun le da por carácter esencial del alce: *Alces, cervus cornibus acolibus palmaris, caruncula gutturali*. El único modo de conciliar esta asercion de Lineo con nuestra negativa es suponer este lobanillo ó *caruncula guttural* al alce macho, al cual no hemos visto; y si es así, este autor no debiera haberla dado por

carácter esencial en la especie, puesto que la hembra no la tiene. Puede tambien darse que esta carúncula sea una enfermedad, una especie de papera comun entre los alces; porque en las dos figuras que de este animal pone Gessner (1), á la primera, que no tiene cuernas, se la ve una gruesa carúncula debajo del cuello, y no la tiene la segunda, que representa un alce macho con sus cuernas.

En general, el alce es animal mucho mayor y mas robusto que el ciervo y el reno (2); su pelo es tan áspero y tan dura su piel, que apenas

(1) Gessner, *Hist. quad.*, pág. 4 y 3.

(2) El alce escede mucho al reno en corpulencia, siendo igual á los caballos mas altos: además, tiene las cuernas mucho mas cortas, y anchas como dos palmas de la mano, y por delante y por los lados tiene un corto número de candiles; sus pies, y especialmente los delanteros, no son redondos, sino largos, y con ellos se defiende vigorosamente, y mata á hombres y perros. Tampoco se parece al reno en la cabeza, que es mas larga, con grandes y abultados labios pendientes. No es tan blanco como el reno, sino que por todo su cuerpo domina un amarillo muy oscuro, mezclado de gris ceniciento: cuando camina no se oye el ruido de las articulaciones de sus piernas, como sucede con todos los renos. Finalmente, cualquiera que haya considera-

puede penetrarla una bala de fusil (1); y sus piernas tan firmes y de tanto movimiento y tanta fuerza, especialmente las delanteras, que de una sola patada puede matar á un hombre, un lobo, y aun partir un árbol. Con todo, se le caza casi como nosotros lo practicamos con el ciervo, esto es, á fuerza de hombres y de perros. Aseguran que cuando se ve perseguido suele caer repentinamente (2), sin haberle dis-

do bien uno y otro animal (como me ha sucedido muchas veces), hallará entre ellos tanta diferencia, que es de admirar haya habido personas que los tengan por uno mismo. Scheffer, pág. 310.

(1) «Alces ungula ferit, quinquaginta milliarum die percurrit, corium globum plumbeum fere eludit.» Linn., *Syst. nat.*, edic. x, pág. 67.

(2) Preparada la cacería desde el día anterior, no bien llegamos á tiro de pistola del bosque, cuando vimos que un alce que iba huyendo, cayó repentinamente sin haberle herido ni cido disparar. Pregunté á mi guía é intérprete la causa, y respondió que era el mal caduco que padecen todos aquellos animales, por lo cual los llaman *ellens* que significa *miserable*. Y á no ser por este mal que los hace caer, con dificultad se les diaria alcance, como lo ví poco despues que el caballero Noruego hubo muerto este alce así caído; pues persiguiendo despues otro mas de dos horas no le podíamos alcanzar, ni lo hubiéramos conseguido, á no haber caído como el prime-

parado ni herido; y de esto se ha conjeturado que está sujeto á la epilepsia ó mal caduco, deduciendo de esta conjetura (mal fundada, pues solo el miedo basta para producir el mismo efecto) una consecuencia absurda, y es que sus pezuñas debían curar la epilepsia y aun preservar de ella; y esta preocupacion grosera se ha esparcido tan generalmente, que aun en el día se ve que muchas gentes del pueblo llevan anillos en que hay engastado un pedacito de pezuña de alce. Como las partes septentrionales de América están poco pobladas, de ahí es que se encuentra allí mucho mayor número de toda especie de

ro del mismo mal caduco, despues de haber muerto con los pies delanteros tres de los mejores perros de este caballero, quien sentido de esta pérdida, no quiso cazar mas. En señal de amistad me dió los pies izquierdos traseros de los alces que había muerto, diciéndome que eran escelente remedio para el mal caduco; á que le respondí con risa que teniendo tanta virtud aquel pie, me admiraba de que el animal que le llevaba siempre consigo no se curase. Confesó que yo tenia razon; pues habiendo dado aquel remedio á muchas personas afligidas del mismo mal, no se habian curado, y que conocia, como yo, que la supuesta virtud del pie del alce era un error popular. *Viaje de la Martiniere*. Paris, 1671, pág. 10 y siguientes.

animales, y particularmente de alces, que en el norte de Europa. Los salvajes no ignoran el arte de cogerlos (1): los siguen por el rastro, á veces muchos dias consecutivos, y á fuerza de constancia y de maña consiguen su intento. La caza de invierno es singular. «Sírvense, dice Denys, de raquetas, por cuyo medio se camina sobre la nieve sin hundirse.... El oriñal camina poco, porque se hunde en la nieve, lo cual le fatiga mucho; no come sino los vástagos recientes de los árboles; donde los salvajes encontraban comidos estos vástagos, hallaban en breve los animales, que por no poder caminar de prisa estaban poco distantes, y fácilmente se les acercaban; arrojábanles un dardo, que es una asta larga, á cuya estremidad hay asegurado un hueso grande y afilado que penetra como una espada: si era muy numerosa la manada de oriñales, los ahuyentaban; entonces estos animales se ponian todos cola con cola, formando un círculo de lengua y media ó dos leguas, y á veces mayor, y á fuerza de dar vueltas apretaban la nieve de tal modo, que no se hundian mas: causado el que está delante, se pone detrás de los otros; los salvajes emboscados los esperaban al paso y los he-

(1) *Descripcion de América*, por Denys, tom. II, pág. 425 y siguientes.

rian; habia un salvaje que los perseguia siempre; á cada vuelta quedaba muerto un alce, pero al fin huian á los bosques.» Comparando esta relacion con las que dejamos citadas, se ve que el hombre salvaje y el oriñal de América son copias fieles, el primero del lapon, y el segundo del alce de Europa.

DEL ALCE.

Damos aquí la figura del alce macho que enseñaron vivo en la feria de San German en 1784, y que no tenía aun tres años. Las cercetas de sus cuernas solo tenían dos pulgadas y cuatro líneas, habiendo caído las últimas á principios de enero del mismo año; y pareciéndome oportuno dar una idea de las cuernas cuando el animal es adulto, dispuse que se representase su cabeza con las cuernas figuradas. Este animal habia sido cogido á cincuenta leguas mas allá de Moscou, y segun dijo el conductor, parece que la madre era una ó dos veces mayor que él á la edad de tres años que tenía entonces. Sin embargo, era ya mayor que un ciervo y mas levantado de piernas, aunque no tiene la forma elegante del ciervo ni la actitud noble y elevada de su cabeza. Parece que el alce lleva la cabeza mas baja, no solo á causa de lo